

Rafael Mondragón. *La escuela como espacio de utopía. Algunas propuestas de la tradición anarquista.* México, UNAM, 2018

Áurea Xaydé Esquivel Flores

Centro Universitario Tlatelolco

Universidad Nacional Autónoma de México

axefmuffin@gmail.com

En muchas ocasiones, hablar de un libro es hablar de su historia, de lo que ha pasado con él y de lo que las personas han hecho con su contenido y su materialidad.

Tuve el privilegio de acompañar el proceso editorial de *La escuela como espacio de utopía* desde el 13 de abril de 2015 —cuando era un texto breve titulado “Infancia y anarquía (Reflexiones sobre textos de México, Argentina y España)”— y mientras crecía, hasta el 18 de junio, cuando lo devolví a su autor por última vez con algunas sugerencias para que brillara más, pero también con sentidos comentarios de mi experiencia personal. En los renglones finales de la “Introducción” se lee: “Ojalá ella [la antología] ayude a sentir acompañados a aquellos maestros que, movidos por el amor y el deseo de la transmisión, han sentido la necesidad de convertir sus escuelas en espacios de utopía” (36), a lo que me vi compe-

lida a responder con una anotación del todo visceral: “No te miento... se me salieron las lágrimas con este final :’(”, así, con todo y emoji, porque los mejores libros interpelan desde la afectividad, te exhortan a avivar el libro para poder hablarle y te hacen olvidar los deberes concretos de un profesional serio.

Sin embargo, al leer a los maestros invitados a reunirse en ese espacio preparado por el autor, es claro que una respuesta emocional es lo más apropiado y, entonces, una ya no se siente avergonzada de hacer anotaciones “poco profesionales” (es extraordinario cuando un libro es capaz de ofrecer alivio). La escuela que imaginaban los anarquistas promueve los espacios donde los afectos se cultivan y se protegen de acuerdo con un férreo sentido de responsabilidad, para con uno mismo y para con los demás. Porque los maestros observaban, conversaban y apren-

dían de sus alumnos hasta que empezaron a imaginar infancias dignas y valiosas tanto en su presente como en su futuro; las imaginaron libres de ser curiosas y alegres; las imaginaron responsables de sí mismas y de las que les seguirían, y entendieron, como Hannah Arendt, que

...la educación es el punto en el que decidimos si amamos el mundo lo bastante como para asumir una responsabilidad por él y así salvarlo de la ruina que, de no ser por la renovación, de no ser por la llegada de los nuevos y los jóvenes, sería inevitable. También por la educación decidimos si amamos a nuestros hijos lo bastante como para no arrojarlos de nuestro mundo y librarlos a sus propios recursos, ni quitarles de las manos la oportunidad de emprender algo nuevo, algo que nosotros no imaginamos, lo bastante como para prepararlos con tiempo para la tarea de renovar un mundo común (7).

Por eso, los maestros podían ver a los ojos a sus niños (suyos, porque el sentido de pertenencia es recíproco e implica cuidado) y decirles con paciencia y ternura que, para hacerse dignos de la anarquía, ayudaran, apoyaran, copiaran lo bello, laboraran, estudiaran, amaran, protegieran, cultivaran, nunca tuvieran esclavos y que trabajaran (27-31); entonces, los

niños podían sentir que importaban en el mundo, que, aun siendo pequeños, eran capaces de defender lo que pensaban y lo que amaban. No imaginó un acto más revolucionario.

He escuchado a un maestro joven decir que leyó este libro porque su padre lo hizo antes que él, se lo recomendó y que ambos lloraron por cómo los había conmovido. Vi maestras y maestros de arte compartiendo sus saberes con alegría a partir del diálogo que suscitó hablar del libro. Vi cómo se iluminaba, maravillado, el rostro de una señora mayor cuando se enteraba de que, según los anarquistas, los niños tienen “derecho a saber que han nacido del cuerpo de su madre, a mirar la cuestión sexual como cosa digna de respeto y a que se le inicie, prudente y progresivamente, en el conocimiento de las leyes del origen de la vida sin misterio ni vergüenza” (40). Vi cómo jóvenes alumnas hablaban del libro con cariño y entusiasmo porque despertaba en ellas lo que querían recibir de sus maestros y lo que querían dar a sus propios estudiantes. Y también vi cómo Simón Rodríguez entraba intempestivamente en una pequeña Biblioteca Comunitaria de Tlatelolco para reclamar por qué no había sido incluido en la antología y que —cada vez que él buscaba quien le diera la razón— era ovacionado por niñas de 3 o 4 años que jugaban ajedrez a

su manera, entrando y saliendo del tablero, con un leoncito de trapo. Con toda honestidad, no todos los días puede un libro arrogarse semejantes credenciales (¡y pensar que son apenas un vistazo de todo lo que ya ha hecho!), pero, sobre todo, no todos los días un libro es compartido con tanta responsabilidad por quienes lo consideran valioso.

Desde que se publicó, *La escuela como espacio de utopía* no ha parado de circular —ora de formas más directas, ora más indirectas—, pero siempre lo he visto acompañado de palabras llenas de esperanza; ha pasado de lector a lector cargado de generosidad y del pensamiento de lo que el otro puede necesitar. Algunos dirán: “Pues así es como se comparte cualquier lectura”, y tendrán toda la razón; no obstante, algunas obras adquieren una carga política especial en el momento mismo en que

el gesto de compartir y transmitir se hace desde un lugar amoroso, al ras de la tierra.

Áurea Xaydé Esquivel Flores

Maestra en Letras Modernas por la Universidad Iberoamericana, especialista en narrativa gráfica. Ha coorganizado las primeras Jornadas LIJeras de la FFyL “José Martí” y es miembro tanto de la Red Internacional de Investigación Universitaria en Literatura Infantil y Juvenil (LIJ) de la UIA, como de la Red Iberoamericana de Investigadores en Anime y Manga. Trabajó en el Instituto de Investigaciones Filológicas en el proyecto editorial Xoc Na de libros para niños y jóvenes y formó parte del equipo “Espacio LIJ” de la Biblioteca Vasconcelos. Actualmente es coordinadora de la Biblioteca “Alaíde Foppa” de la Unidad de Vinculación Artística del Centro Cultural Universitario Tlatelolco (UNAM).